

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.



AÑO II.

MADRID 1.º DE MARZO DE 1875.

NUM. 12.



FERNANDA Y SU TERNERITA.

FERNANDA Y SU TERNERITA.



no de los grandes beneficios que Dios ha hecho al hombre, es sin duda el haberle dado entre otros cuadrúpedos, al buey. El rico como el pobre vivirían con mas privaciones y la tierra no se cultivaría en su mayor parte sin este laborioso compañero del labrador.

¿Quién de vosotros ignora, amiguitos míos, que casi todos los trabajos del campo pesan sobre este animal? En muchos países el buey forma la riqueza del hombre, porque habitan los labradores comarcas que solo florecen y fructifican merced al cultivo de la tierra y por lo tanto el buey es de primera necesidad, porque él es el nervio poderoso de la agricultura.

El buey parece criado por la sabia mano de Dios espresamente para el arado; considerando la masa de su cuerpo, sus lentos movimientos, sus piernas cortas y su nunca desmentida mansedumbre, todo nos hace ver que su contestura y su naturaleza es mas que la de ningún otro animal á propósito para resistir la oposicion que la tierra presenta á los esfuerzos del hombre.

Al hablaros de este cuadrúpedo viene á mi memoria el recuerdo de una bella niña de linda cara y mejor corazón.

Fernanda no es como esos niños mal educados que se complacen en hacer daño á los animales mas inocentes y que en nada nos perjudican.

Ella sabe que ese proceder indica en los niños no tener buen corazón y que los pobres animalitos sufren como nosotros las penas físicas, y es muy cruel quien sin motivo los hace padecer. La buena niña aconseja siempre á sus hermanitos que dejen volar libremente á las mariposas, que no tiren piedras á las inocentes palomas, que no maltraten al perro Leal, ni al gato Minino.

Tan buen corazón, tan bello proceder, ha tenido ya de Dios un premio.

Oid, mis queridos niños. Una risueña mañana de Mayo el padre de Fernanda salió á dar un paseo por el campo con su niña, y ésta cogiendo flores, hacia un ramo para su mamá, cuando de repente sus ojos se fijaron en una pequeña ternera que apenas podía andar, pues tenia mucha hambre y bastante frio.

La niña mostró su hallazgo á su padre y entre los dos llevaron la ternera á la casa, donde Fernanda la calentó y le dió de comer, teniendo tanto cuidado con ella que por la tarde corria ya detras de la niña.

Al dia siguiente Fernanda supo que la ternera pertenecia al dueño de una granja vecina, y como ella sabe que es un pecado quedarse con lo del prójimo, fué y se la llevó al señor Herrera, y este lleno de alegría por lo bien que se habia portado Fernanda le regaló la ternera.

Figuráos el regocijo de la niña al verse dueña de su querido hallazgo.

La ternera será el dia de mañana

una vaca y tendrá nuevos terneros que serán de Fernanda.

¡Una vaca! ¡Ah! ¡cuántas familias viven reducidas al producto de su vaca! Su leche sirve de lactancia á miles de niños, y de alimento á todos los hombres, su manteca es el ordinario condimento de la generalidad de nuestros manjares, y su queso se ve lo mismo en la mesa del campesino que en la del hombre de las ciudades.

Así, pues, pasaron los días y Fernanda á la cual podeis contemplar en esa lámina dando de comer á su ternera, podrá tener muy bien una modesta granja ¿merced á qué? ¿á su trabajo? no; ¿á un regalo de su padre? no; ¿á haberse quedado con algo que no era suyo? no, eso nunca. Fernanda deberá su granja á lo que debe ya su ternera: á una buena acción y á su bello proceder siempre con los animales.

LA PASCUA DE JEHOVA.

(Exodo 12, 21-30. 51.)



En el capítulo acabado de citar se lee una de las cosas mas estrañas y singulares que jamas tuvieron lugar en la historia del mundo. Fue en Egipto donde ocurrió este acontecimiento, ha mas de tres mil trescientos años. Se llama, como ya habeis oido, *la pascua de Jehová*.

Faraon, rey de Egipto, trataba como á esclavos á los hijos de Israel. Los oprimía con cargas pesadas y era muy cruel con ellos. Dios mandó á Fa-

raon por medio de Moises que dejase libres á los hijos de Israel y les permitiese salir de Egipto. Faraon rehusó hacerlo, y entónces Dios envió terribles plagas contra los egipcios.

Estas plagas fueron causa de que los egipcios se atribulasen en gran manera, mas todavía se obstinó Faraon en no dejar salir á los israelitas. Entónces Dios amenazó á los egipcios con otra plaga, si de buena voluntad no permitian la salida del pueblo escogido.

Dios dijo que mandaria en la solemne hora de media noche un ángel, el cual, pasando por toda la tierra de Egipto, mataria á todo primogénito de familia, así como tambien al primogénito de todo animal. Este fue, pues, *el peligro que amenazaba*. Estremecia pensar en él. Pero tal y tan grande calamidad no iba contra los israelitas, sino contra los egipcios.

Porque los hijos de Israel habrian de tomar un cordero para cada familia, matarlo por la noche, asarlo y comerlo. Esto se llama la fiesta de la Pascua.

Ademas habrian de tomar de la sangre del cordero y ponerla en los dos postes y en el dintel de las casas en que vivian los israelitas. Dios dijo que esta sangre, puesta en los postes de sus casas, los salvaria, pues cuando el ángel la viese, pasaria sin destruir al primogénito de los que allí habitaban. Este fue el medio de que se sirvió el Señor para salvar á su pueblo escogido.

Llegada la media noche, cuando los egipcios se hallaban entregados al

sueño, Dios mandó á su ángel para que hiriese á todo primogénito. Nadie le vió cuando salió á cumplir su terrible encargo, porque nos son invisibles los ángeles.

Aquel ángel descendió á la silenciosa tierra y comenzó su tremenda obra. Al golpe de su invisible espada perecieron todos los primogénitos, tanto de hombres, como de animales. Y «había un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese muerto.»

¡Cuán grande debió ser el lamento que entonces sonó por todo Egipto! Todos tal vez creyeron llegada su última hora, y este gran temor, unido al espanto que les producía el espectáculo de la muerte de sus primogénitos, hizo que siempre recordasen con terror aquella noche fatal.

La muerte entró solamente en aquellas casas que no habían sido rociadas con la sangre del cordero inmolado. Mas las en que se veía esta señal, fueron respetadas; la sangre les sirvió de defensa. Y esta defensa fue eficaz, puesto que no hubo una sola persona que muriese en

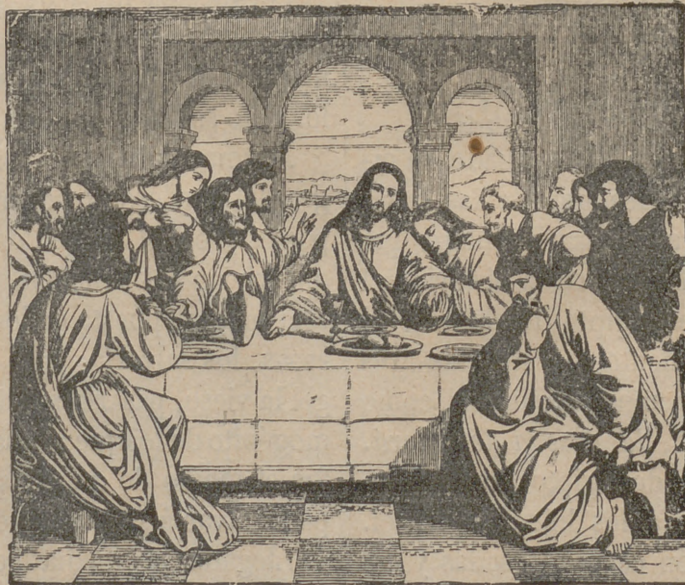
las casas de los israelitas.

Ese cordero de pascua debe recordarnos á Cristo. Por eso el apóstol Pablo dice: «*Cristo, nuestra pascua, fue crucificado por nosotros.*» 1 Corintios 5, 7. Por medio de la sangre del cordero eran salvados los israelitas; y al mismo tiempo se alimentaban de su carne. Nosotros encontramos ambas bendiciones en Jesús. Su sangre nos limpia de todo pecado y nos salva de la ira de Dios. «*Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.*»

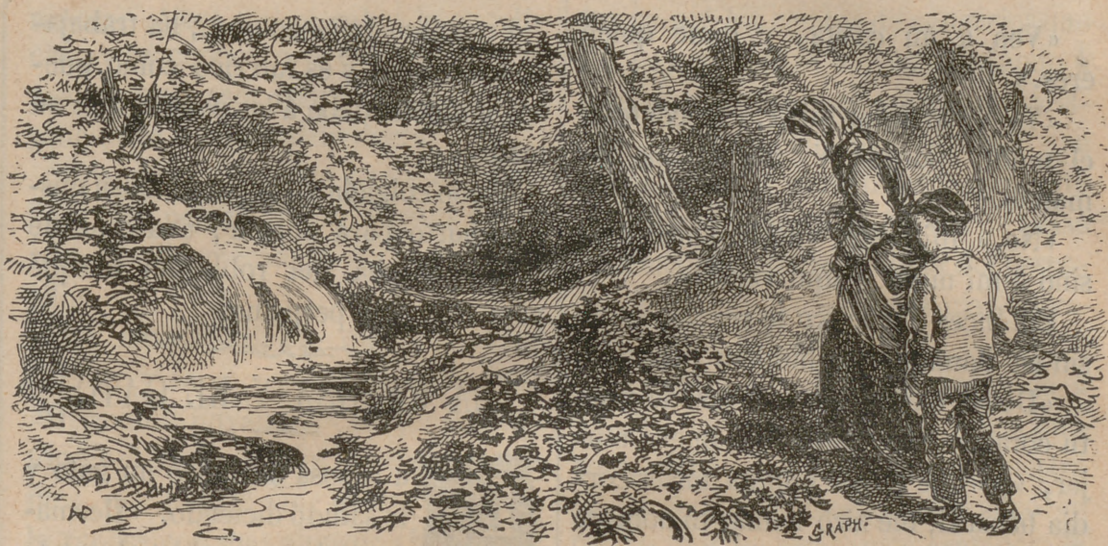
Y hemos de alimentarnos espiritualmente de Jesús, pues él mismo dijo: «*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.*»]

Jesús es el pan de nuestra vida espiritual. Así es que cuando aprendemos á creer en Jesús, encontramos la

protección y comida en Él. Mas si no creemos en Jesús, seremos como los egipcios, cuyas casas no estaban señaladas con sangre. Estaremos expuestos á ser destruidos por la espada de Dios.



LA SANTA CENA.



EL HUECO EN EL ROBLE.

Era un niño pequeño llamado Francisco, cuya casa estaba al lado de un bosque grande, lugar delicioso, especialmente en el verano, porque en él crecían muchos árboles y flores, y también tenían allí varias aves sus casas.

Francisco quería mucho las flores y las aves, y por eso pasaba en el bosque muchos días festivos. Un jueves, después de la escuela se fué al bosque, llevando una cestita, en la cual pensaba traer á su hermanita María algunas fresas silvestres.

Habiendo llenado la cesta, se sentó para leer un libro que tenía en su bolsillo. Embebido en aquella historia interesantísima, Francisco no notó que el cielo se había nublado, hasta que cayeron unas gotas de agua. Entonces se levantó y corrió hácia la casa.

Mas una lluvia tempestuosa, acom-

pañada de unos truenos, que al parecer del pobre chiquito tocaban su misma cabeza, le sorprendieron. Viendo un árbol con un gran hueco se escondió en él, y se hallaba tan bien, que pensó esperar á que cesase de llover. Pero en seguida oyó una voz que gritó:

«Francisco, Francisco, ven acá, corre.»

Saliendo del árbol, echó á correr en la dirección de la voz. De repente vió un relámpago mas brillante que nunca, y al mismo instante un terrible trueno hizo estremecerse la tierra, y mirando atras, notó el árbol que hacia poco tiempo habia abandonado, hendid y quemado.

«¡Ay de mí!» exclamó el niño; «si hubiera yo estado metido en él, cuando le tocó el rayo!» y otra vez corrió.

Saliendo del bosque Francisco, encontró una mujer, la cual le dijo:

«Ven á mi casita, y dime quién eres.»

«Ya V. lo debe saber,» le contestó el niño; «porque V. me estaba llamando.»

«No,» dijo ella, «no te llamé á tí, sino á mi niño, y aquí viene.»

Entonces Francisco le refirió, cómo sin su llamamiento hubiera perecido.

«Debes dar á Dios gracias de todo tu corazón,» le aconsejó la buena mujer, «porque en su infinita misericordia hácia tí, me hizo llamar tu nombre en aquel instante.»

Pasada la tormenta, cuando llegó á casa, su madre aprovechó la ocasion para darle este buen consejo:

«Francisco, la pobre mujer tenia razon; debemos dar á Dios gracias, siempre que ha salvado nuestra vida. Y hay otra cosa que debemos pensar tambien. Cuando seas mayor y estés metido en los negocios de este mundo vendrán las tempestades.

«El deber te llevará muchas veces en medio de ellas, y tú tendrás el deseo de esconderte, hasta que pasen. Entonces acuérdate de esta tempestad. Si tú no hubieras obedecido al llamarte la mujer, ¿qué te hubiera acontecido? Así verás que con obedecer el llamamiento del deber, aunque te halles en medio de la tempestad, encontrarás la seguridad.»

Francisco nunca olvidó estas palabras; y en tiempos penosos se decia á sí mismo: «Donde Dios me llame, tendré la seguridad.»

Francisco ya es hombre; ha trabajado lealmente, y es tan rico como bueno, y mucho debe á las palabras de su madre.

Tiene colgada en la pared de su mismo cuarto para dormir, una cruz de madera hecha del roble del bosque para memoria perpétua.

LA RAPOSA Y EL GATO.



La raposa encontró un gato y le saludó diciendo: «Hermano, salvo seas de todos males.» El gato respondió: «La salud sea contigo.»

Luego preguntó la raposa: «¿Sabes, hermano, algunas artes?» Respondió el gato: «No sé mas que saltar y subir á los árboles y paredes, y con esto me escapo de algunos peligros.» Entonces dijo aquella: «Puesto que no sabes mas y eres tan ignorante y necio, no mereces vivir.» «Dime tú,» dijo entonces el gato á la raposa: «¿y tú, cuántas artes sabes?» Respondió la raposa: «Yo sé cien artes, y no como quiera, sino perfectamente, cada una de las cuales me basta para vivir medianamente, y para escaparme tambien de muchos.» El gato, oyendo esto, dijo: «Por cierto mereces larga vida y salud, pues sabes mucho.»

Estando en esta conversacion, dijo el gato á la raposa: «Hermana, veo venir un hombre á caballo con dos perros muy grandes y muy ligeros, que son nuestros enemigos.» Díjole la


raposa: «Vaya que no sabes lo que dices, y se conoce que eres muy ignorante y medroso; y aunque esto fuese, ¿que prisa te habias de dar?»

Cuando estuvo mas cerca el caballero, los perros vieron al gato y á la raposa, y comenzaron á correr hácia ellos.

La raposa, viendo que los perros corrian y se acercaban, dijo al gato: «Hermano, huyamos.» Respondió entónces el gato: «No es necesario; ¡vamos, que tú eres muy medrosa!» Dijo la raposa con mas ahinco: «Hermano, en verdad, ahora es necesario huir; cada uno procure para sí.» El gato halló un árbol y se subió, burlando la persecucion de los perros, quienes aprietan tras la raposa. El gato desde el árbol gritaba, viéndola acosada de los perros: «¡Hermana raposa, ahora es tiempo de valerte de alguna de aquellas cien artes que dijiste, pues te hallas en inminente peligro de tu vida!» Pero alcanzándola los perros, la mataron.

El que presume mas, suele ser el que sabe ménos.

EL PEQUEÑO GRUMETE.

n San Nazario hay una playa magnífica de arena, dura al pie que sobre ella se posa y erizada de rocas.

¡Es un placer trepar de roca en roca á riesgo de resbalar sobre la humedad y encontrarse de pronto en el fondo de un charco de agua! ¡Es un placer el

dar caza á los cientos de cangrejos que allí hay y que se salvan corriendo á enterrarse en la arena, y buscar mariscos y piedras con visos cobrizos que allí abundan, y es un placer sobre todo ver salir del puerto los barcos de todas dimensiones, desde la barca del pescador hasta la fragata Americana ó el vapor de tres palos!

Era sobre estas rocas teniendo á nuestra derecha la calzada, y á la otra parte del Loire, Paimbœuf á nuestra izquierda, y el Oceano Atlántico en frente, donde estábamos sentados, la una dibujando y el otro leyendo. Pequeños niños, que jugaban no léjos de nosotros, pronto se aproximaron á echar una mirada furtiva sobre el álbum, despues á oír la lectura y por fin á sentarse al rededor de nosotros. Quedaron encantados á la vista de algunas pinturas, y todavía mas cuando se encontraron poseedores de ellas; la conversacion se entabló amigablemente de una y otra parte.

«Y tú, pequeño hombre,» dije al mayor de la banda (compuesta de quince niños), «¿qué edad tienes?»

«Yo, trece años, señora.»

«¿Cómo te llamas?»

«Luis Bertaud.»

«¿Qué haces?»

«Yo soy grumete y ya he naufragado.»

«¡Tú has naufragado ya, mi pobre niño! ¿Dónde? Cuéntanos eso.»

«Estaba á bordo de una goleta cargada de mineral de cobre. Entrábamos

en el puerto de Calais. El viento soplabá terriblemente fuerte y nos arrojó de costado; naufragamos; las cadenas se rompieron, la *goleta* se partió en dos mitades y se fué á fondo. El segundo se ahogó.»

«¿Y tú, qué hicistes?»

«Me agarré fuertemente al palo con cuatro hombres que quedaban de la tripulación; porque la parte superior del mástil estaba fuera del agua.»

«¿Os vieron en seguida?»

«¡Ah! el tiempo nos parecia terriblemente largo, batidos por el mar y por el viento; así permanecemos hasta las diez de la noche; despues un barco cargado de corcho...»

«¿Un barco salva-vidas?»

«Sí, un barco que no podia hundirse vino en nuestro socorro y nos salvó á todos. ¡Ah! qué gozo volvernos á ver en tierra firme delante de un buen fuego y con vestidos secos! nos tuvieron á su lado algunas semanas, y despues vinimos aquí. ¡Oh! mi madre se alegró mucho de volverme á ver.»

«Yo lo creo. Dime Luis, ¿quién pues te ha salvado?»

«¡Ah! Yo no sé; eran bravos señores; tenían el aire de capitanes; entre ellos habia un ingles.»

«¿Quién les habia dicho que fueran á salvaros?»

«Sin duda su buen corazon, y despues, yo pienso, el comandante.»

«Y ¿quién habia dado ese pensamiento al comandante?»

«Yo no sé, el almirante quizas.»

«Sin duda, esos són los jefes de la marina que proporcionan los barcos de salvamento y que organizan los socorros á los náufragos. Mas ¿de dónde les ha venido este escelente pensamiento?»

«¡Ah! yo no lo sé.»

«¿De dónde viene todo lo que es bueno, grande y noble?»

«De Dios, sin duda.»

«Es pues Dios quien te ha salvado; ¿le has dado las gracias?»

«Sí señora.»

«Muy bien; eso debes hacer cada dia por haberte salvado la vida. ¿Mas sabes tú, Luis, que tu historia me hace pensar en otro naufragio y en otro Salvador? Escucha bien.

«Las personas que viven en el pecado, son como los náufragos: somos pecadores, y como la pena del pecado es la muerte eterna, nos parecemos á las personas traqueadas por las terribles olas de la mar y siempre en peligro de ser sumergidas.

«No podemos salvarnos por nosotros mismos, como tú no pudiste dejar tu mástil, nadar y llegar á tierra.

«Mas desde el alto cielo Dios nos ha visto. Nada le obliga á tenernos compasion, porque le hemos ofendido. Sin embargo, él nos ha amado y dado á su Hijo... Jesucristo. Sí, Jesucristo, no solamente expuso su vida, sino murió, á fin de retirarnos del abismo que amenaza tragarnos. El dice: «Aquel que cree en mí, tiene la vida eterna; yo no echaré fuera á aquel que venga á mí.»

(Se concluirá.)



Acuestas lleva el Verbo Soberano
La dura Cruz, de intolerable carga,
Para aliviarte, peador cristiano,
De aquella Cruz eterna, triste y larga.
Hoy, Isaac su propia sangre empeña,
Y él mismo lleva al sacrificio leña.

UBEDA.

LA CRUCIFISION DE JESUCRISTO.

Pilato, cediendo á los ruegos de los pontífices y de los judíos entregó á Jesucristo á los soldados para que fuese crucificado; y le tomaron y le llevaron; y llevando su cruz, salió al lugar que se dice de la Calavera, y en Hebreo Gólgota. Y le seguía una grande multitud de pueblo y de mujeres, las cuales le lloraban y lamentaban.

Llevaban tambien con él otros dos malhechores á ser muertos. Allí le crucificaron y á los malhechores, uno á la derecha y otro á la izquierda. Y Jesus decia: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

EL PEQUEÑO GRUMETE.

(CONCLUSION.)

Qué hiciste tú, mi querido Luis, cuando viste llegar cerca del palo que te sostenia el barco salvador?»

«Yo me dejé caer dentro.»

«¿En el mismo instante?»

«Sí, yo lo creo bien.»

«¿Tú no esperaste á estar un poco mas en peligro?»

«¡Oh, no!»

«¿Ni un poco te detuviste?»

«¡Oh! no, bien seguro, no se podia vacilar, porque á cada instante el peligro aumentaba.»

«Y bien, mi querido niño, es necesario que en el instante mismo en que hablamos, nos arrojemos en el barco de salvacion que Jesucristo aproxima al alma en peligro. Aquellos que esperan á pecar mas y mas son unos insensatos. Aquellos que esperan haber reformado su conducta y llegado á la santidad, serán igualmente insensatos.

«El barco cargado de corcho ha sido hecho espresamente para salvar los naufragos, porque están en peligro de muerte. *Jesucristo vino al mundo para*

salvar los pecadores, porque ellos están en peligro de perdición.

«Dios quiera hacerte sentir tu peligro espiritual, tan vivamente como has sentido tu estado de naufragio, y entonces como San Pedro el pescador, tú dirás á Jesus: «¡Señor, sálvame, yo perezco!» y Él te contestará: «¡Por qué has dudado?» te tomará en la barca, y el viento cesará.» Mateo 14, 30-32.

El pequeño Luis pareció comprender, y cuando le ofrecí un pequeño Evangelio donde se encuentra la historia del Señor Jesucristo, lo recibió con vivo reconocimiento, prometiendo aprender á leerlo y no dejarlo jamas.

MAÑANA.



aime, hazme el favor de cerrar la puerta del jardín,» dijo una madre á su hijo.

«Luego, madre,» dijo Jaime, que estaba leyendo un cuento.

Jaime concluyó su lectura, y despues fué á cerrar la puerta; pero entre tanto habian entrado los cerdos, y destruido mas de lo que se podia remediar en dos meses.

«Jaime, aprende tu leccion ahora,» le dijo en otra ocasion.

«Luego, madre;» respondió aquel, que estaba haciendo un cometa.

Se concluyó el cometa, pero nunca se aprendió la leccion. El próximo dia Jaime perdió su puesto en la clase y despues su premio.

Lo que era Jaime de niño, lo fue despues como hombre.

Era su intencion sacar *mañana* su dinero de un Banco del cual se decia no estaba seguro; pero ántes de *mañana* quebró el Banco, y se perdió todo.

Tenia la intencion de *mañana* asegurar su casa y tienda, pero ántes de mañana se prendieron fuego, se quemaron, y él fue arruinado.

Cuán verdadero es el refran: «no dejes para mañana lo que se puede hacer hoy.»

Y si este *es verdadero* en las cosas de este mundo, ¡cuánto mas en las cosas que pertenecen al alma!

El hoy es nuestro; no sabemos si mañana amanecerá para nosotros.

«No te jactes del dia de mañana porque no sabes qué dará de sí el dia.» Prov. 27, 1.

«No sabeis lo que será mañana.» Santiago 4, 14.

Hoy Dios nos llama y nos ofrece perdon; *mañana* tal vez será demasiado tarde.

«Hé aquí *ahora* el tiempo aceptable, hé aquí *ahora* el dia de salud.» 2 Cor. 6, 2.

LOS MÚSICOS DE BREMA.

Un pobre labrador tenia un asno que le habia servido durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habian debilitado de manera que ya no servia para el trabajo. El amo pensó en desollarlo

para aprovechar la piel, pero el asno comprendiendo que el viento soplabá de mala parte, se escapó y tomó el camino de Brema.

«Allí,» dijo, «podré hacerme músico de la municipalidad.»

Después de haber andado por algún tiempo, encontró en el camino un perro de caza, que ladraba como un animal cansado de una larga carrera.

«¿Por qué ladras así, camarada?» le dijo.

«¡Ah!» contestó el perro, «porque soy viejo, voy perdiendo fuerzas de día en día y no puedo ir á casa. Mi amo ha querido matarme; yo he tomado las de Villadiego; pero ¿cómo me arreglaré para buscar la vida?»

«No tengas cuidado,» repuso el asno; «yo voy á Brema, para hacerme músico de la ciudad, ven conmigo y procura te reciban también en la banda. Yo tocaré la trompa y tú tocarás los timbales.»

El perro aceptó y continuaron juntos su camino. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino con una cara tan triste, como si estuviese lloviendo ya por tres días.

«¿Qué tienes viejo bigotudo?» le dijo el asno.

«Cuando está en peligro la cabeza no tiene uno muy buen humor,» respondió el gato; «porque mi edad es algo avanzada, mis dientes están un poco gastados, y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones, mi amo ha querido matarme, me he

salvado con tiempo; pero ¿qué he de hacer ahora? ¿á dónde he de ir?»

«Ven con nosotros á Brema, tú entiendes muy bien la música nocturna y te harás como nosotros músico de la municipalidad.»

Agradó al gato el consejo y partió con ellos. Nuestros viajeros pasaron bien pronto por delante de un corral, encima de cuya puerta había un gallo, que cantaba con todas sus fuerzas.

«¿Por qué gritas de esta manera?» dijo el asno.


«Estoy anunciando el buen tiempo por la última vez,» contestó el gallo.

«¿Cómo? ¿Por la última vez?» preguntó el gato curioso.

(Se concluirá.)

A LA MUERTE DE JESUS.

1.

 eres tú el que, velando
La excelsa majestad en nube
ardiente
Fulminaste en Siná? Y el ímpio bando
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

2.

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado;
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida
En amargo suspiro das la vida.

3.

Así el amor lo ordena,

Amor mas poderoso que la muerte;
 Por él de la maldad sufre la pena
 El Dios de las virtudes y leon fuerte,
 Se ofrece al golpe fiero
 Bajo el vellon de cándido cordero.

4.

¡Ay! ¿quién podrá mirarte?
 ¡Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
 ¿Qué pecho empedernido no se parte
 Al golpe acerbo del dolor profundo,
 Viendo que en la delicia
 Del gran Jehová descarga su justicia?

5.

¿Quién abrió los raudales
 De esas sangrientas llagas, amor mio?
 ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
 De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
 A tu frente divina
 Ciñó corona de punzante espina?

6.

Ceded, ceded, crueles:
 Al Santo perdonad, muera el malvado:
 Si sois de un justo Dios ministros fieles,
 Caiga la dura pena en el culpado.
 Si la impiedad os guía
 Y en la sangre os cebais, verted la mia.

7.

¿Oyes, oyes, cuál clama: (naste?)
 ¿Padre de amor, por qué me abandono-
 Señor, extingue la funesta llama,
 Que en tu furor al mundo derramaste.
 De la acerba venganza
 Que sufre el justo nazca la esperanza.

8.

¿No veis, cómo se apaga
 El rayo entre las manos del Potente?
 Ya de la muerte la tiniebla vaga

Por el semblante de Jesus doliente,
 Y su triste gemido
 Oye el Dios de las iras complacido.

9.

Ven, ángel de la muerte,
 Esgrime, esgrime, la fulmínea espada;
 Y el último suspiro del Dios fuerte,
 Que la humana maldad deja expiada,
 Suba al solio sagrado
 Do vuelva en padre tierno al indignado.

10.

Rasga tu seno ¡oh tierra!
 Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
 Yace el Criador: mas la maldad aterra,
 Y un grito de furor lanza el profundo.
 Muere.... Gemid humanos:
 Todos en él pusisteis vuestras manos.





MATILDE, JUANITA Y EL TIESTO DE ELORES.

Matilde y Juanita eran dos niñas que se querian mucho. Ambas habian crecido como dos rosas en un tallo, siempre juntas para salir, para jugar y para estudiar. En el jardin del papá de Matilde tenian las dos niñas un pedacito de terreno cada una y allí sembraban ellas sus flores y se distraian regándolas y tambien deshojándolas por puro capricho.

Pues es el caso que Matilde tenia un tiesto muy bonito donde habian crecido hermosas flores, y ella le queria como á las niñas de sus ojos. Quien quisiera ser su amiga, que no tocara á su tiesto de predileccion.

Una mañana, miéntras que Matilde regaba unas semillas que habia plantado, Juanita llegó sin hacer ruido, cortó una flor del bonito tiesto y la prendió de sus negros cabellos. Volverse Matilde, ver la flor en la cabeza

de su amiguita y empezar á llorar fue cuestion de un momento. No hubo quien la consolara, ni quien calmara su rencor, porque desde aquella hora lo tuvo y grande contra la pobre Juanita. ¡Adios la amistad, y los paseos, y los juegos!

Pasó algun tiempo, y Juanita cayó enferma de mucha gravedad. Entónces pesó mucho á su amiga haberse enfadado tan de veras con ella, y para borrar un tanto su mala accion, una mañana cogió su tiesto y resueltamente se presentó delante de Juana.

«Juanita,» le dijo con voz muy triste; «he sido muy mala para tí y te he hecho llorar mucho por una sola flor que cogiste; pero estoy arrepentida y quiero que me perdones. Mira, te regalo el tiesto. ¿Quiéres ser otra vez mi amiga?»

Juanita la perdonó. Matilde puso el tiesto sobre un veladorcito que estaba á los piés de la cama, y aquella misma tarde, cuando el último rayo de sol que penetraba por la ventana entrabierta bañaba con su última luz las blancas flores, Matilde sentada á la cabecera del lecho de su amiga se sintió mas feliz que nunca.

Niños, cuando tengais la desgracia de cometer una mala accion, procurad deshacerla cuanto ántes, si quereis ser felices como la pequeña Matilde.

«Sed los unos con los otros benignos, misericordiosos, perdonándoos los unos á los otros, como tambien Dios os perdonó en Cristo.»

LOS MÚSICOS DE BREMA.

(CONCLUSION.)

«Sí,» dijo el gallo, «porque tengo que morir pronto. Como mañana es domingo, hay una gran comida en casa, y el ama sin la menor compasion ha dicho á la cocinera que me comerá con el mayor gusto con arroz, y esta noche tiene que retorcerme el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas, no sin cierta satisfaccion, viendo que respiro todavía.»

«Cresta roja,» dijo el asno, «vente con nosotros á Brema; en cualesquier parte encontrarás una cosa algo mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable.»

Agradó al gallo la propuesta, y echaron á andar los cuatro juntos; pero no pódian llegar en aquel dia á la ciudad de Brema; al anocharer pasaron por un bosque, donde decidieron pasar la noche.

El asno y el perro se colocaron debajo de un árbol grande; el gato y el gallo ganaron su copa y el gallo voló todavía para colocarse en lo mas elevado, donde se creia mas seguro.

Antes de dormirse, cuando paseaba sus miradas hácia los cuatro vientos, le pareció ver á lo léjos como una luz, y dijo á sus compañeros, que debía haber alguna casa cerca, pues se distinguia bastante claridad.

«Siendo así,» contestó el asno, «desalojemos y marchemos de prisa hácia

este lado, pues esta posada no es muy de mi gusto.»

A lo cual añadió el perro:

«En efecto, no me vendrian mal algunos huesos con su poco de carne.»

Se dirigieron hácia el punto de donde salia la luz; no tardaron en verla brillar y agrandarse, hasta que al fin llegaron á una casa de ladrones muy bien iluminada.

El asno, que era el mas grande de todos, se acercó á la casa y miró dentro.

«¿Qué ves, rúcio?» le preguntó el gallo.

«¿Qué, veo?» dijo el asno; «una mesa llena de manjares y de botellas, y al rededor los ladrones, que segun parece no se dan mal trato.»

«¡Qué buen negocio seria ese para nosotros!» añadió el gallo.

«De seguro,» repuso el asno; «¡ah si estuviéramos dentro!»

Comenzaron á idear un medio para echar de allí á los ladrones, y al fin lo encontraron.

El asno se puso debajo, colocando sus piés delanteros encima del poyo de la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó encima del perro y el gallo voló y se colocó encima de la cabeza del gato.

Colocados de esta manera, comenzaron todos su música á una señal convenida. El asno comenzó á rebuznar, el perro á ladrar, el gato á mahullar y el gallo á cantar; despues se precipitaron por la ventana dentro del

cuarto rompiendo los vidrios, que volaron en mil pedazos.

Los ladrones, al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algun espectro y escaparon asustados al bosque. Entónces los cuatro compañeros se sentaron á la mesa, se arreglaron con lo que quedaba y comieron como si debieran ayunar un mes. Apénas hubieron concluido los cuatro instrumentistas apagaron las luces y buscaron un sitio para descansar cada uno conforme á su gusto.

El asno se acostó en el estiércol, el perro detras de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga; y como estaban cansados de su largo viaje, no tardaron en dormirse. Despues de media noche, cuando los ladrones vieron desde léjos que no habia luz en la casa y que todo parecia tranquilo, les dijo el capitán:

«No hemos debido dejarnos derrotar de esa manera.» Y mandó á uno de los suyos que fuese á ver lo que pasaba en la casa.

El enviado lo halló todo tranquilo; entró en la cocina, y fué á encender la luz; cogió una pajuela y como los brillantes ojos del gato le parecian dos ascuas, acercó á ellas la pajuela para encenderla; mas como el gato no entendia de bromas, saltó á su cara y le arañó bufando. Lleno de horrible miedo corrió nuestro hombre, para huir hácia la puerta, mas el perro que estaba echado detras de ella, se tiró á él, y le mordió una pierna; cuando pasaba por

el corral al lado del estiércol, le soltó un par de coces el asno, miéntras el gallo despierto con el ruido, gritaba: «¡quí quí ri quí!» desde lo alto de la viga.

El ladron corrió á toda prisa hácia donde estaba su capitán y le dijo:

«Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera que me ha arañado, bufando, con sus largas uñas; junto á la puerta se halla un hombre armado de un enorme cuchillo, que me ha atravesado la pierna; se ha aposentado en el patio un mónstruo negro, que me ha aporreado con los golpes de su mazo, y en lo alto del techo se ha colocado el juez que gritaba: «¡Traédmele aquí, traédmele aquí, delante de mí!» por lo que he creído debia huir.

Desde entónces no se atrevieron los ladrones á entrar mas en la casa, y los cuatro músicos de Brema se hallaban tan bien en ella, que no quisieron abandonarla. Y si no han muerto viven aun hoy.

NÚMEROS 21, 4-9.

La médica serpiente que en la vara,
Imitada en metal, tan varias gentes,
Con oculta virtud, con fuerza rara,
Mordidas preservó de otras serpientes,
Hoy símbolo y emblema se declara
De Vos, Señor, que en una cruz pen-
dientes
Los miembros, dais remedio en forma
humana
A los mordidos de la sierpe anciana.

F. DE QUEVEDO VILLEGAS.

LA SERPIENTE DE BRONCE.

Cuando los hijos de Israel estaban en su viaje por el desierto, murmuraban, diciendo: «Aquí no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano.» Hablaban del maná. Entonces el Señor les envió serpientes abrasadoras que mordieron al pueblo, de suerte que muchos de los israelitas murieron. Sin embargo, el pueblo vino á Moisés y le dijo: «Hemos pecado por haber hablado contra Jehová y contra tí: ruega á Jehová que quite de nosotros estas serpientes.» Intercedió Moisés por el pueblo y el Señor le dijo: «Hazte una serpiente de metal y ponla sobre la bandera; y cualquiera que fuere mordido y mirare á ella, vivirá.» Hizo, pues Moisés, una serpiente de bronce, y los heridos que la miraban, eran sanados.

Cuando el Señor estuvo en la tierra, declaró formalmente que aquella ser-



piente era un emblema de sí mismo, del Salvador del mundo. «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, mas tenga vida eterna.»

Juan 3, 14. 15.

No tentemos á Cristo como tambien algunos de ellos lo tentaron y perecieron mordidos por las serpientes.

1 Cor. 10, 9.

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal, para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física ó Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Extranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID. 1875.—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.